

ANNE MACKAYE CHAPMAN
(1922-2010)

El sábado 12 de junio falleció en París la antropóloga Anne MacKaye Chapman, dejando tras de sí una profunda impronta en los estudios sobre los pueblos del continente americano. Su vida fue una incesante búsqueda tanto de conocimiento –en la que llegó a los confines de diferentes regiones– como de interlocutores que le transmitieran sus experiencias vitales, de las que ella aprendería y, sobre todo, compartiría saberes y perspectivas. De ello es testimonio una extensa bibliografía que da cuenta de sus contribuciones, así como de su extraordinaria labor como trabajadora de campo. Asimismo, en su experiencia formativa dialoga con diversos y destacados estudiosos, sus maestros, siguiendo sus planteamientos y aportando nuevas y notables contribuciones. La vida de Anne Chapman fue, sin duda, una apasionada búsqueda que le llevó por diferentes rumbos y que la confrontó con muy diversas personas y culturas.

Las aportaciones de Anne Chapman fueron reconocidas en aquellos países en los que realizó su trabajo: México –donde se inicia como investigadora–, Chile, Argentina, Honduras y Francia. En México nos tardamos mucho en rendirle un homenaje, a pesar de que ella se asumía orgullosamente como egresada de la primera generación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y había hecho diversas contribuciones a los estudios mesoamericanistas, tanto en el campo de la ethohistoria como en el de la etnografía. Así, el 7 de septiembre de 2007 se le hizo un reconocimiento en el Museo Nacional de Antropología, por su obra y por el notable esfuerzo realizado a lo largo de su vida. Dicho homenaje fue auspiciado por diversas instituciones: el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la ENAH y el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA). En ocasión de la ceremonia para manifestarle tales reconocimientos, se hizo también una exhibición de sus libros y una exposición fotográfica de los pueblos de Tierra del Fuego en los que trabajó. Asimismo, se le hizo entrega de un libro colectivo preparado en su honor (*Etnografía de los confines. Andanzas de Anne Chapman*, INAH, 2007) con diversas contribuciones en las que se abordan temas, regiones y propuestas teóricas donde se sitúa su obra, además de una minuciosa bibliografía

de su vasta producción. Es una sustanciosa fuente para conocer la importancia de sus contribuciones y el largo recorrido de una vida entregada con pasión al conocimiento de otras culturas.

Anne Chapman llegó a la ciudad de México en 1942 interesada en conocer la lengua y la cultura nacionales; se inscribió en la ENAH y se incorporó de inmediato a esa pequeña comunidad de alumnos y estudiosos que sentaba las bases de la antropología mexicana del siglo XX. Nacida en Los Ángeles, California, vivió su infancia en Niza, donde aprendió el francés. En la ENAH pronto fue conocida como “Anita” y participó activamente en diferentes momentos de la vida de la escuela; así, formó parte del grupo que viajó a Chiapas dirigidos por Sol Tax, en el proyecto de la ENAH y la Universidad de Chicago; ya estando ahí entró en contacto con don Alfonso Villa Rojas, el etnólogo yucateco que realizaba sus investigaciones entre los tzeltales de Oxchuc, por ese entonces investigador de la Carnegie Institution de Washington. De Tax y de Villa Rojas aprendió a hacer trabajo de campo, y así lo reconoce en varios de sus trabajos; de entonces data uno de sus primeros textos, con una narración tzeltal: “La mazorquita que habla”.

Una ocasión en la que pondría en práctica sus conocimientos etnográficos fue durante su participación, en 1945, en el programa de investigaciones que dirigía don Manuel Gamio, en ese entonces director del Instituto Indigenista Interamericano, en la región oncocercosa de la costa y la Sierra Madre de Chiapas. En este programa participaban también otros estudiantes de la ENAH, como Ricardo e Isabel Pozas y Felipe Montemayor, entre otros. Fue una ocasión en la que Anita mostró su compromiso y su simpatía con los campesinos de la región, pues en cada lugar que visitaba, a lo largo de cinco meses de recorrido a caballo, solicitaba de la gente una relación de los problemas que vivían y de la ayuda que requerían de las autoridades estatales; les ayudaba a redactar el documento y lo enviaba a las instancias correspondientes. Cuando Gamio se enteró de esta actividad, que le disgustó, ya era un hecho consumado.

El compromiso moral con los pueblos oprimidos era parte de la cultura de los estudiantes de antropología, la cual compartían con organizaciones y con artistas de izquierda. Una muestra de ello es la publicación de una revista, *Anthropos*, financiada en parte con los recursos de Anita; solamente aparecieron dos números, en 1947, con sendas colaboraciones de Anita y con una magnífica colección de ilustraciones hechas por algunos de los mejores grabadores de esos años, como Leopoldo Méndez, entre otros.

Como estudiante de antropología dialogó con algunos de sus más notables maestros, principalmente con don Wigberto Jiménez Moreno y Paul Kirchhoff, de ellos aprendió el manejo de las fuentes de la historia antigua de México, como

lo mostrara en su tesis de etnóloga, dedicada a la guerra entre los aztecas y los tepanecas en la cuenca de México, luego de la cual se estableció la hegemonía de Mexico-Tenochtitlan. También orientó sus investigaciones hacia el conocimiento de la frontera meridional de Mesoamérica, la cual presentaba diversos problemas no resueltos por entonces, como la distinción entre los pueblos mesoamericanos de Centroamérica y los que el propio Kirchhoff denominó del Área Circun Caribe. De aquí se desprenden dos líneas de investigación que conducirán a Anita a realizar importantes contribuciones.

Por una parte, desplegó una intensa investigación documental sobre las fuentes históricas de los pueblos que habitaban esa región, prácticamente desconocida por ese entonces. Por esos años, 1954-1955, estudiaba en la Universidad de Columbia y trabajaba como ayudante; era alumna de Karl Polanyi, un destacado economista que fundó la perspectiva sustantiva en la antropología económica. Un producto de esa experiencia es su libro *Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispanica* (publicado en inglés en 1957, junto con otras investigaciones con la misma orientación teórica), así como su tesis doctoral (*An Historical Analysis of the Tropical Forest Tribes on the Southern Border of Mesoamerica*, 1958).

Por la otra, desarrolló una intensa y original etnografía entre los tolupanes-jicaque de la Montaña de la Flor, en Honduras, a la que siguió otra investigación etnográfica entre los pueblos lenca, del mismo país. Dedicó todo un año, entre 1955 y 1956, para establecerse entre los tolupanes, regresando los veranos de 1957 a 1959. Uno de sus primeros resultados fue la tesis de doctorado de tercer ciclo en la Sorbona, *Los hijos de la muerte. El universo mítico de los tolupan-jicaques (Honduras)*, la cual apareció publicada posteriormente en francés (1978), en español (1982) y en inglés (1992). Para entonces había establecido un intenso diálogo con Claude Lévi-Strauss, en cuya cátedra del Colegio de Francia participó con su material sobre los jicaques, particularmente en el campo de la mitología.

El trabajo etnográfico entre los pueblos lenca lo desarrolló en varias temporadas de campo, comenzando en 1965 y cerrando el lapso en 1982. Una rica y detallada etnografía, publicada en dos volúmenes, da cuenta de los rituales agrícolas y del culto a los santos, las cofradías y las mayordomías. *Los hijos del copal y la candela* (1982), es producto de un largo e intenso diálogo con numerosas personas de diferentes pueblos lenca y muestra ya la calidez y el trato respetuoso hacia quienes le ofrecen datos, que no son otra cosa que relatos personales, biografías, mitos, cuentos; una extensa y variada narrativa de la cultura lenca. Es decir, no son los “informantes” de la vieja antropología colonial, sino amigos, colaboradores, con quienes convive y comparte sus vicisitudes en el marco de la pobreza, la in-

justicia y las enfermedades. En su libro indica que su información procede de las conversaciones sostenidas con 76 personas, cuyos nombres y localidad consigna.

En contraste con esa diversidad de personas en la etnografía lenca, en su trabajo con los tolupan su fuente de información es una sola persona, Alfonso Martínez, con quien cultiva una intensa amistad que le permite reunir un abultado *corpus* de narraciones míticas. Asimismo, gracias a la memoria y la curiosidad de esta personalidad, reúne una extensa genealogía por la que puede reconstruir la historia de la comunidad de La Montaña de la Flor desde mediados del siglo XIX, cuando tres parejas y un adolescente huyen del trabajo servil al que sometían los productores y acaparadores de zarzaparrilla a los tolupanes de la provincia de El Yoro. Aquí Anita comienza a desarrollar una metodología que le permite obtener una sustanciosa información de unas pocas personas; la mejor expresión de esta capacidad de profundizar es su trabajo con los pueblos de Tierra del Fuego. Cuando visita por primera vez la región austral de Chile, con la Misión Arqueológica Francesa, se encuentra con los últimos onas, o selk'nam; no más de quince personas. Entre ellas una mujer extraordinaria, Lola Kiepja, poseedora de conocimiento chamánico, con quien recoge un valioso acervo de cantos chamánicos, de lamentos, de canciones de cuna, de cantos del guanaco y de cantos del más importante ritual de los selk'nam, el *Hain*. Lola Kiepja es la única persona que participa de la cultura de los selk'nam en sus momentos de plenitud. Nacida alrededor de 1880, se educa en la cultura de estos recolectores cazadores, que visten pieles de guanaco, con las que también hacen sus viviendas. La experiencia personal de Anita con Lola es de una gran intensidad, lamentablemente Lola fallece al año siguiente de que se conocieron. Poco después Anne se encuentra con Ángela Loij, con quien recoge 79 genealogías que le permiten reconstruir la historia del pueblo selk'nam hasta finales del siglo XVII, las cuales abarcan referencias a 3386 personas. La muerte de Ángela Loij, junto con la de Lola Kiepja, afecta profundamente a Anita, le lleva a escribir un emotivo homenaje a estas mujeres sabias que le permiten reconstruir la cultura de los selk'nam a partir de los relatos de sus últimos sobrevivientes que todavía hablaban su original lengua amerindia. El "Llanto por los indios de Tierra del Fuego" se publica por primera vez en 1975, y se reproduce posteriormente en varios de sus libros dedicados a los pueblos fueguinos, como son: *Los selk'nam. La vida de los ona* (1986) y *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego* (1990).

Excelente fotógrafa, ilustra sus libros con espléndidos retratos de la gente con la que trata, así como con tomas de diversas ceremonias; esto le permite realizar exposiciones de su material fotográfico en varios países. También incursiona en el cine documental; en colaboración con Ana Montes realiza la película *Los ona*.

Vida y muerte en Tierra del Fuego, en 1977, la cual obtiene un premio en 1984, en el Primer Festival de Cine de los Pueblos Indígenas, organizado por el Instituto Nacional Indigenista, de México; posteriormente hace otro documental, *Homenaje a los yahgan*, en el que narra la vida de este pueblo pescador y las lamentables condiciones a que los reducen las misiones religiosas y el genocidio de los estancieros.

Anita Chapman era también una extraordinaria narradora, los relatos de sus aventuras y vicisitudes en los diferentes pueblos en los que trabajó, la pasión volcada hacia las grandes personalidades con las que trata en los pueblos amerindios, conmovía a sus oyentes, estudiantes, investigadores, y provocaba grandes señales de reconocimiento entre ellos. Era una trabajadora incansable, disciplinada, que protegió sus datos, y que seguía con planes al futuro cuando la muerte le sorprende. Todavía tuvo tiempo de terminar un libro sobre Charles Darwin en Tierra del Fuego y entregarlo a prensa un poco antes de fallecer. Su obra, su persona, su pasión misma está viva en sus numerosos libros y artículos, en la mirada de sus amigos con los que trabajó y que su cámara captó con gran sensibilidad. Repasar este vasto acervo nos transmite una vida rica y creativa que forma parte ya de una historia de la antropología, que está por escribirse.

Andrés Medina

